

LUIS SALAS GARCIA

JUU
PAPANTLAN



LOS LEVANTAMIENTOS INDÍGENAS EN PAPANTLA

Los levantamientos de los indios fueron consecuencia de ciertas disposiciones como la girada en Circular del 19 de agosto de 1867 por el C. gobernador Alatorre, en el sentido de cumplir la disposición legal, de convertir las tierras de las comunidades indígenas en propiedades privadas, circular que trajo consigo la inquietud y el malestar entre los indígenas, razón por la que no pudo cumplirse.

Más tarde, el 12 de marzo de 1869 "hay un nuevo intento de hacerla cumplir pese al amago de severas penas."

El gobernador Hernández y Hernández, a quien correspondía solucionar este problema dentro de las funciones de su gobierno, tampoco lo hizo, pero sí acertó a comprender lo grave del caso, según las expresiones que transcribimos:

"...la mejora que implica la división de terrenos de indígenas, es de grave trascendencia en el porvenir de éstos... basta meditar en la multitud de inconvenientes que hay para ejecutarla... el indio profesa una adoración fanática a la tierra y no comprende sus utilidades si no es en esa comunión negativa en que siempre ha vivido."

"...No tiene propiamente hablando, necesidades, su ambición está satisfecha con pasear una mirada contemplativa, por una extensa superficie de tierra sembrada de flo-

res y de frutos variados... es feliz, mejor dicho, se cree tal...”

Si agregamos a lo anterior, la muy particular manera de ser del indio totonaca, su única actividad, la agricultura de tipo consuntivo; la fertilidad de la tierra que le produce hasta dos cosechas de maíz al año; la capacidad económica que le concede la importancia del cultivo de la vainilla, amén de otros factores que lo hacen independiente, se comprenderá la reacción que se gestó cuando el gobernador Teodoro A. Dehesa “procuró acelerar la conversión de las tierras comunales a propiedad; los indígenas nunca, ni en parte alguna estuvieron conformes; las compañías deslindadoras apoyadas por la fuerza pública, cometieron interminables atropellos y despojos en cantidad enorme de cultivadores. Frente a esta irritante situación, unos 20 000 campesinos quisieron resistir a los injustos; pero los rurales y las fuerzas de línea mataron a unos 6 000 campesinos.”⁸

Veamos lo que relata doña María de la Luz Lafarja (Lázara Meldiú) en sus apuntes *Gran Señora mi Ciudad*, con relación al levantamiento de los totonacas en Papantla.

“...Tres levantamientos indígenas hubo en Papantla a fines del siglo pasado. El primero fue el año de 1889 contra el jefe político don Agapito Fontecilla y Vidal. Este movimiento capitaneado por Miguel Manzano y el coronel don Miguel Herrera Leal, terminó con la salida del mencionado jefe político. Cuando los insurrectos llegaron a la jefatura, Herrera, tomando a Fontecilla por la rubia y hermosa barba lo conminó...: «Suelta... Agapito... Suelta»... Inmediatamente el personaje local intocable presentó su dimisión. La situación estaba ganada y a pocos

⁸ Información tomada de la obra *Breve historia de Veracruz* del Profr. José Luis Melgarejo Vivanco.

días volvió la tranquilidad. Al parecer las cosas tendrían pronta resolución. ¡Era el viejo asunto de la tierra!

”El segundo levantamiento fue en el año de 1892. El reparto de la tierra no tenía para cuándo resolverse. Mateo García, de El Palmar, fue sacrificado. Las fuerzas irregulares del Estado terminaron con la rebelión. Los indios poseían la tierra en comunidad y el gobierno la había fraccionado para venderla a los terratenientes españoles. En este episodio actuó la Comisión Geográfica Exploradora que a fin de cuentas no resolvió nada. El nativo, como siempre tuvo que replegarse a su monte y esperar. Pasaron años y la situación empeoraba y se recrudecían los odios, se ahondaban los resentimientos.

”Un día del año de 1896 se vio de pronto Papantla visitada por un numeroso grupo de ingenieros, que por órdenes del gobierno del centro iban a deslindar y a repartir las tierras. La noticia inquietó a los indígenas y comenzaron a bajar de sus rancherías, dejando sus siembras y sus familias, cargando con los morrales llenos de oro y plata que sacaban de donde los tenían enterrados, pues en aquellos tiempos no corrían en abundancia los billetes y, además, tampoco había bancos. El dinero era para sufragar los gastos que se presentaran y que, según se les había informado, se utilizaría con la seguridad de obtener buenos resultados. Hubo inusitado movimiento en todo el rumbo, los totonacas trajeron sus documentos, sus escrituras, sus planos para ser confrontados con los que traían los ingenieros y que servirían de base para levantar los nuevos. Entre aquellos profesionales había algunos militares. La comedia duró más o menos un mes y de pronto aquellos enviados desaparecieron de la comarca, abandonaron el lugar, llevándose todo el dinero que pudieron, dejando al indio como siempre burlado... ¡Por suerte el totonaca estaba muy lejos del centro del país, no tanto como el yaqui, pero de todos modos aislado lo suficiente, distante en una zona de difícil arribo y más difícil salida! Ade-

más ellos tenían bastante habilidad para ejercer el fraude, el robo, el despojo, el timo, la mentira, la injusticia, contaban con la impunidad... Y entre aquel selecto grupo de farsantes, de quienes deben haberse avergonzado sus propios títulos, estaba un sobrino del general Díaz, Presidente *ad perpetuam* de México... No contaban que aquel México, lo mismo echó hacia la península a los virreyes anacrónicos, que a los emperadores de bambalinas y que siguió a Juárez en su peregrinar por el itinerario de su gloria como caminante simbólico, para iniciar su terrible despertar... Del México que hoy grita a los cuatro vientos la santa verdad del artículo 27 Constitucional y exige el cumplimiento de su mandato parado en el mismo dintel de la historia. Este México de hoy, como los totonacas de entonces, levantará su machete —que es su México— para degollar a quienes le roben lo suyo, la tierra. Hagamos un breve paréntesis para recordar que si a las «encomiendas» siguieron las «haciendas» y éstas parecen haberse sustituido por imponentes y confortables fincas de recreo, el indio sigue pobre, y, esto, en todos los ámbitos del irónico simbolismo del Cuerno de la Abundancia... El indio sigue pobre, pero repito: ES LA DIGNIDAD... Nos hemos acostumbrados a ver la DIGNIDAD descalza, pero no hemos presentado; cuán alta lleva la frente.

”Una mañana, aquel totonaca vejado, decidió hacerse justicia y en unas cuantas horas encendió la insurrección levantando todas las fuerzas disponibles. Materialmente Papantla estaba cercada por una enorme red humana que le pusieron los indios, cuyos trajes blancos destacaban en las cimas de los cerros. ¡La ciudad está en sitio! Hay por ahí una frase popular que reza: «En el Cantón de Papantla donde quiera es camposanto.» Esta frase tiene su origen en aquellos días trágicos en que había que sepultar a los muertos en los patios de las casas, porque los «pronunciados» (así se llamaba a los indios) tenían precisamente en el cementerio su cuartel general. En muchos patios había

tumbas. Bajo los balcones de nuestra casa estuvo sepultado un gran liberal asesinado en esos días, don Rafael Herrera, padre de quien más tarde, en la Revolución de 1914, alcanzara el grado de general, me refiero a don Vicente Herrera Hernández. Nosotros, de niños, bajábamos a poner flores a aquella tumba del buen amigo de la familia. Mucho después esos restos fueron llevados al camposanto.

”Para someter a los indios el gobierno federal recurrió a lo de siempre: Arrasar. Hicieron su aparición los «rurales», los temibles rurales, que en el largo territorio de la Patria dejaron infeliz memoria. Vestidos de charro, su presentación era espectacular por los bordados de plata de los sombreros y los trajes; con espuelas que hacían temblar hasta las piedras, con cara de matonés. Los caballos escogidos de lo mejor. El atuendo no podía ser más elegante; pero se desprestigió en aquellas mascaradas oficiales... ¡Era la fuerza disfrazada! ¡Los cuerpos de rurales eran hombres armados al servicio exclusivo de los gobernadores y de los jefes políticos!

”Aquellos rurales se internaron en los montes para saquear, asesinar, violar, incendiar, asolar, en una palabra, en nombre del «orden establecido». La matanza fue sin misericordia. Este es el último de los tres levantamientos y se destacó como dirigente Francisco Ramírez, que fue ahorcado en una ceiba enorme en el camino de Agua Dulce, en la cuesta de Jilitiaco. Aún existe el árbol del sacrificio. El jefe de los rurales Rosalino Martínez, llamado con justicia «la tea incendiaria de Veracruz» había recibido ayuda muy efectiva de don Francisco Campos Vidal, quien tenía también fuerzas irregulares a su cargo. El jefe político de ese tiempo era don Ángel Lucido Cambas. Cosa común y corriente en aquellos días era la traición y el espionaje, elementos de que se valía el gobierno para llenar las cárceles de presos o «mandar cuerdas» a Quintana Roo y a Valle Nacional de donde seguramente jamás volvían los deportados infelices. Se dice que por muchos años se en-

contraban en algunos lugares montones de cráneos y restos humanos que piadosamente la tierra fue cubriendo con el tiempo. Fueron héroes anónimos, indígenas cuyos cuerpos quedaron hacinados en los rincones de aquellas tierras pródigas, en las vírgenes llanuras escondidas entre colinas donde las veredas se pierden y apenas puede verse el rastro de los caballos. El epílogo fue de espanto. El nombre de «rurales» quedó para siempre manchado con sangre de nuestros indios y la repulsión y el odio no han podido hacer que el recuerdo de aquellos días se cubra definitivamente con el olvido. La historia estará viva, mientras la justicia siga en pie. Mientras haya discriminaciones y se siga explotando al indio.”

Lo que nos ha relatado doña María de la Luz Lafarja, reproduciendo los apuntes de Manuelita, su desaparecida hermana mayor, es una causa más de las tantas que han contribuido a la transformación del indio totonaca; hemos sembrado en su alma desconfianza, odio, rencor, venganza, desprecio; a su nobleza característica le hemos respondido con desprecio, olvido, ingratitud. Sólo basta conocerlo emparentándolo con el compadrazgo, para percatarse de su bondad, se deshace en atenciones, que llegan al grado de veneración; no es otra cosa el acto reverencial de inclinar la cabeza en el momento de saludar a su padrino. Su gratitud se manifiesta en variadas formas: obsequiando los mejores frutos, la más rica ofrenda en la fiesta de los muertos, haciéndonos presidir el banquete en las festividades (si es mole servirnos la cabeza del guajolote), todas ellas son demostraciones de gran afecto, de la manera de sentir y de querer de nuestros indios. ¿Hasta cuándo los gobiernos harán efectiva la verdadera reincorporación de ellos a la civilización?, los necesitamos alfabetizados, es verdad, pero en el momento de llevarles los medios del conocimiento humano, hay que hacerles sentir que somos iguales, mexicanos todos, sin herir su susceptibilidad, su humildad, su idiosincrasia.